

EL MINUTO FELIZ DE LARGO VIÑUELAS

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

Escritor chileno reconocido por su obra narrativa, en especial por el entrañable detective Heredia

*Al poeta Hugo Vera Mirada,
habitante de la Patagonia y del extenso territorio de la amistad.*


Han transcurrido muchos años desde que dejamos de jugar al baloncesto con Viñuelas y a pesar de eso, cada vez que paso frente a su quiosco instalado en una esquina de la plaza, me detengo a comentar con él las noticias del día, y a recordar los partidos de antaño, su inolvidable minuto feliz, aquella noche en que sin preocuparse de la nieve que cubría las calles de Punta Arenas, los aficionados llegaron a presenciar la definición del campeonato regional de baloncesto. Añoranzas, anécdotas repetidas, carcajadas que inevitablemente cierran el círculo de la evocación hasta el próximo encuentro. Cosas de viejos, como dicen nuestros hijos, cuando nos escuchan hablar en las asambleas mensuales del club, en las que habitualmente se discute sobre el valor de las cuotas sociales y los jugadores más jóvenes nos miran de reojo, sin creer del todo que esos tipos gruesos, calvos o canosos sean los responsables de la copa más prestigiosa que ostenta la vitrina de trofeos del club. Jugábamos por el Deportivo Progreso, aunque decir que Largo jugaba es una suerte de metáfora, porque a pesar de su porte cercano a los dos metros y de sus brazos extensos, como los tentáculos de un pulpo, Viñuelas veía la mayoría de los partidos desde la banca de los suplentes, comiéndose las uñas y sonriendo cada vez que alguno de sus compañeros encestababa una canasta limpia y en las graderías los espectadores se llenaban de asombro por las victorias que fecha tras fecha obtenía el que hasta esa temporada era considerado el equipo más malo del campeonato. Un equipo sin más atributos que el entusiasmo, que entrenaba en la cancha de la escuela del barrio, y estaba integrado por jugadores algo barrigudos y uno que otro joven con ganas de hacer historia para cambiar de club al año siguiente. Sin embargo, ese año del minuto feliz habíamos comprado fortuna por sacos, y con un poco de aplicación y las reprimendas del entrenador los resultados tenían la felicidad de lo inesperado;

y poco a poco sacaron de la indiferencia a los vecinos, cansados hasta entonces de ir al gimnasio a ver perder a su equipo y soportar las pullas de las barras contrarias.

Viñuelas llegó por casualidad al equipo o por un error del entrenador, que una tarde cualquiera, mientras Largo observaba las prácticas, lo invitó a entrar a la cancha creyendo encontrar al jugador preciso para evitar que los rivales cruzaran por nuestra área como si estuvieran en un paseo dominguero. Y la verdad es que necesitábamos a un tipo alto, porque salvo Tito Soto, los demás integrantes del equipo éramos algo petisos, paticortos, acostumbrados a retener el balón más de la cuenta y a llegar hasta la boca del área para intentar los lanzamientos. Sin embargo las esperanzas del entrenador no pasaron de ser una ilusión. Viñuelas era lento y torpe. Sus manazas rara vez llegaban con la distancia justa para atrapar la pelota, y en la bomba, en ese espacio de miedo donde se producían los racimos de manos y los codazos más arteros, demostraba un talento especial para enviar el balón lejos del alcance de sus compañeros. Tampoco tenía mejor suerte con los lanzamientos al cesto, los que invariablemente terminaban por impactar en el tablero y permitían el ataque de los adversarios. Pese a eso, a Viñuelas lo queríamos por su bondad a toda prueba y porque cada vez que ganábamos nos recibía en el camarín con un abrazo, como si viniéramos llegando de un arriesgado viaje o celebráramos el año nuevo. Era bueno de adentro, sin dobleces ni envidias, y daba la impresión de que la extensión de su cuerpo le permitía mirar la vida desde una altura a la que no llegaban las copuchas ni la maledicencia de los vecinos. Viñuelas tuvo un par de oportunidades para mostrar sus condiciones y enseguida fue relegado a la banca de los reservas. Sólo entraba a la cancha de vez en cuando, por cinco o seis minutos, para que alguno de los titulares recuperara el resuello o cuando el marcador a nuestro favor permitiría otorgar licencias a los contrarios. Sin embargo, y pese a su escaso éxito, era el más puntual en llegar a los entrenamientos y cuando al término de las prácticas la mayoría nos íbamos a beber cerveza, él se quedaba en la cancha ensayando tiros que, unos tras otros, fallaban. Incluso, cuando alguien sugirió una posible miopía, Viñuelas fue a consultar a un especialista que, para que no quedaran dudas, escribió un diagnóstico que luego de algunos confusos términos médicos concluía con tres palabras que lo decían todo: vista de lince. Es malo pero tiene entusiasmo, comentaba el profesor cada vez que le echaban en cara su mal ojo. Y eso era suficiente, porque hasta esa temporada del año 1962 nadie esperaba que el equipo hiciera otra cosa que perder por poco y ganara los tres o cuatro partidos que le permitiera mantenerse en la primera división de la competencia regional.

Viñuelas jugó tres minutos en la primera fecha y pese a eso ganamos al equipo de los italianos, cosa que a un periodista lo llevó a escribir la palabra sorpresa con tinta remarcada y a insinuar que los tanos habían estado la noche anterior en una despedida de soltero, entregados a las libaciones y al bailoteo con damas de dudosa reputación. Eso y nada más, porque en esos días las noticias sobre el baloncesto local estaban relegadas a unas pocas líneas que casi se caían de las páginas del diario *La Prensa Austral*. Los titulares estaban dedicados al campeonato mundial de fútbol que se jugaba en Santiago, y los chicos en las calles trataban de atajar como Misael Escuti o gambetearla a la manera de Leonel Sánchez o Eladio Rojas. Tampoco se dijo nada especial cuando en la segunda fecha ganamos al Club Centenario. El resultado estaba dentro de lo esperado y a lo más, a uno que otro aficionado le llamó la atención la diferencia de quince tantos en el marcador final. Fue esa noche cuando Viñuelas dijo que seríamos campeones y Borgoño, que era el goleador del equipo, le mentó la madre antes de decirle que si no aportaba nada en las victorias, al menos mantuviera la boca cerrada, porque los dos triunfos consecutivos no pasaban de ser algo parecido al veranito de San Juan. Viñuelas ni se inmutó con el insulto. Simplemente guardó sus zapatillas en el bolsón de diablo fuerte que usaba para trasladar su vestuario, y luego de persignarse como hacía cada vez que abandonaba el camarín, se detuvo junto a Borgoño y le dio una trompada que lo dejó con dolor de muelas durante una semana.

Al otro día el profesor nos dio una buena reprimenda. Café cargado, como decía cada vez que nos reunía en una esquina de la cancha y con una pizarra nos iba explicando las jugadas con paciencia de ajedrecista. Castigó a Viñuelas por un partido y aunque nadie lo extrañó en el juego, sí sentimos su ausencia cuando después de ganar al equipo de los universitarios, nadie nos recibió con abrazos en el camarín. El entrenador también sintió la ausencia y al partido siguiente hizo jugar a Viñuelas desde el comienzo, con lo cual en el segundo tiempo tuvimos que remontar un marcador de doce tantos en contra y un locutor radial, eufórico, habló de la imparable aplanadora amarilla. Y desde ese día nos empezaron a mirar con respeto y en la prensa publicaron la primera entrevista al profesor, quien se dio maña para hacer comentarios sobre el equipo y plantear los reclamos del sindicato de maestros, a los que no les reajustaban sus sueldos desde hacía por lo menos seis años. Terminamos la primera rueda del torneo dos puntos arriba del Club Sokol. Nos animaba una barra de cincuenta vecinos que hablaban del milagro de los cerveceros, y los



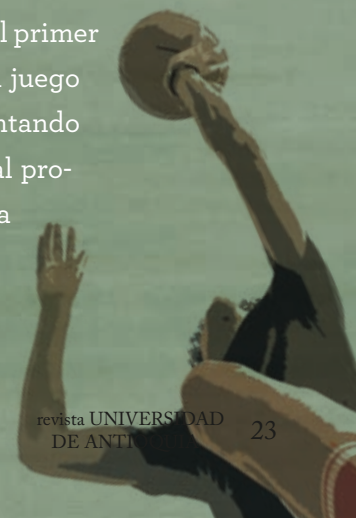
envidiosos que nunca faltan auguraban que no tendríamos fuelle para mantenernos punteros en la segunda ronda y repetían el manido dicho de la partida de caballo y llegada de burro. Y por un fin de semana pensamos que el dicho se haría realidad. Perdimos el invicto y para no desalentarnos le cargamos los dados a Viñuelas que en ausencia de Martínez, un morocho de veinte puntos por jornada, tuvo que jugar el primer partido completo de su vida. Se paró en la bomba, sobre el círculo de los tiros libres y como un espectador distraído se dedicó a ver transitar a los rivales por su lado, sin atreverse a disputar las pelotas, aleteando con sus brazos al igual que un cóndor viejo al que se le había olvidado volar. Pero nadie le dijo nada. Unos, los más jóvenes, se fueron a tomar cervezas al American Service, y los otros a sus casas, a rabiarse con sus esposas y por el ardor de los ungüentos que usaban para aliviar los dolores musculares. Lo que nadie sabía ni menos imaginó esa noche era que Viñuelas nos tenía reservada una sorpresa.

La seguidilla de triunfos continuó en las semanas siguientes, a tal punto que fuimos invitados a jugar a Río Gallegos, en la Argentina, contra un equipo de estudiantes que nos hicieron quedar en ridículo con su marcación al hombre y una sinfonía de pases, rápidos y certeros, que ya a los diez minutos del partido nos hizo entender que estábamos en la celebración equivocada. De todos modos, y más allá del resultado, los argentinos se portaron bien. Nos regalaron un trofeo que el profesor dejó olvidado en el bus y nos invitaron a un asado de cordero que sirvió para olvidar la humillación de la derrota. En nuestra ciudad nadie supo la verdad de la gira, porque al único periodista que se interesó en la noticia le contamos una película en colores, en la que los héroes fuimos nosotros, incluido Viñuelas que agarró vuelo con la humorada y declaró que había marcado diez puntos, cuando lo único que había hecho era pasearse por la orilla de la cancha regalando a las pibas argentinas unas banderitas chilenas que nunca nadie supo de dónde sacó. Lo cierto es que la farra en Río Gallegos nos hizo pisar tierra firme de nuevo. El profesor reunió en su casa a los jugadores titulares: Martínez, Borgoño, el Chueco Álvarez, el Gringo Soto y Hugo Vera; y nos enseñó a contar cuántos pares son tres moscas para ver si nos poníamos serios y enfrentábamos con algo más de humildad la última parte del campeonato. Al resto los ignoró, aunque Viñuelas se las ingenió para aparecer en la casa del profesor, argumentando que venía a dejar unas revistas de cine a la Martita, la hija menor de nuestro entrenador, cosa que dicho de paso tampoco hizo mucha gracia al profesor, tal vez porque cuidaba a la niña o porque en sus peores pesadillas

se veía intentando enseñar a jugar baloncesto a unos nietecitos tan larguiruchos y torpes como Viñuelas.

Y así llegamos a la noche de aquellos recuerdos que no se borran y nos hace incluir a Viñuelas en las memorias de aquel equipo del año sesenta y dos. Dos horas antes del partido nos reunimos en el Kiosco Roca. Para dejar pasar el tiempo conversamos de cosas sin importancia y luego de un gesto del entrenador, nos encaminamos hasta el gimnasio. Había nevado las dos noches anteriores y en las veredas espejeaba una escarcha resbaladiza que nos hizo andar despacio, a tientas y cabizbajos, como un grupo de niños que comenzaba a dar sus primeros pasos. Y la verdad es que la cosa no estaba para bromas ni un optimismo desmesurado. El equipo había llegado disminuido a la jornada decisiva del campeonato. De los diez jugadores que lo integraban al inicio de temporada, cuatro estaban ausentes esa noche. López y Salgado con sus respectivos esguinces, Cárdenas estaba de viaje por un asunto de trabajo, y Valencia había cambiado la práctica del baloncesto por la administración de un bar donde había criado panza y ocio. O sea que, además del equipo titular, toda la banca de reservas que teníamos era Viñuelas, lo que para los efectos de tratar de ganar el partido era como decir nadie.

El gimnasio, con su imponente fachada de coliseo romano, estaba repleto de espectadores, y ya de entrada apreciamos el entusiasmo de la gente que se dividían entre una mayoría que apoyaba a los croatas del Sokol, y otros pocos, ubicados en las galerías, que creían en nosotros con fe de iniciados. Nos tocó el camarín número dos y eso ya nos pareció que era como tropezar con el pie izquierdo o pasar bajo una escalera. Por los vidrios rotos de sus ventanas se filtraba el frío y era casi seguro que una vez terminado el partido tendríamos que ducharnos con agua helada. Pero esa noche estábamos para cualquier gesto heroico y a medida que nos fuimos masajando las piernas con vaselina o Mentolatum, tomamos esa confianza que nos hizo entrar a la cancha y en menos de cinco minutos distanciarnos diez puntos de los rivales, para felicidad de Viñuelas que desde la banca nos aplaudía, mientras a sus pies se acumulaba una montaña de cascaras de maní. Antes de terminar el primer tiempo, el profesor pidió un minuto de descanso y nos ordenó pausar el juego porque hasta donde le daba la experiencia, los rivales nos estaban aguantando para pasarnos a llevar en la segunda parte del partido. Martínez le dijo al profesor que no se preocupara, ya que esa noche andaba con la muñeca fina y cada uno de sus tiros había entrado seco en el arco contrario, y además



Borgoño se estaba haciendo el pino desde las esquinas y hasta unos ganchos había conseguido meter, ante el asombro de los sokolinos que no entendían por qué parte entraba ese petiso patichueco. En el entretiempo volvimos al camarín acompañados por el silencio de las tribunas y la pequeña algarabía de la galucha en la que nuestros hinchas comenzaban a ponerse de acuerdo en el nombre del boliche al que irían a celebrar.

Sin embargo esa noche estábamos condenados a sufrir. Lo supimos apenas iniciado el segundo tiempo, cuando vimos caer a Martínez acalambrado hasta decir no va más. Vimos la desesperación reflejada en el rostro del profesor y a Viñuelas, que sentado en la banca, no atinaba a decidir entre sacarse el buzo o salir corriendo fuera del gimnasio. Optó por entrar a la cancha y el profesor gritó dos instrucciones básicas: Viñuelas debía pararse en medio de nuestra área y levantar sus manos para molestar los lanzamientos rivales, y nosotros por ningún motivo debíamos pasarle la pelota. Parecía simple, pero al rato de reanudarse el partido, los contrarios reconocieron el callejón descuidado que dejaba la pobre defensa de Viñuelas y por ahí, una y otra vez se fueron metiendo hasta que a treinta segundos del final lograron superarnos por un punto. En ese momento, cuando la buena campaña del año se esfumaba, sucedió lo que nunca más quisimos olvidar. Martínez avanzó por la banda derecha, eludió a uno de los contrarios y lanzó la pelota con tal violencia que esta rebotó en el tablero y fue a dar a las manos de Viñuelas que, parado en el círculo central, la tomó entre sus manos con más angustia que un suicida al borde del abismo. Nos miró uno a uno como suplicando que alguno de nosotros le hiciera la gauchada de sacarlo del embrollo. El gimnasio enmudeció y todos oímos la mentada de madre que le gritó el profesor. Entonces ocurrió lo que nadie esperaba. Viñuelas dio tres pasos de zancudo, miró con rabia hacia donde se encontraba nuestro entrenador e impulsó el balón con tanta violencia que, haciendo una comba interminable, entró en el cesto en el mismo segundo que el timbre del control señalaba que la contienda había llegado a su fin. Lo demás, y porque después de esa temporada nunca más volvimos a ser campeones, es la historia que siempre recordamos en nuestras conversaciones. Su paseo en andas por la cancha, las entrevistas en el camarín, los titulares de los diarios al otro día, y su tristeza cuando al inicio del siguiente campeonato, y a pesar de que le debía un título, el entrenador lo volvió a dejar en la banca de los suplentes. ■

